



# LA VENDIMIA

**A** NOCHECIA cuando llegó a la plaza el «yipe» de «Quejigal» con el administrador y el guarda. Venía aún con los faros apagados.

Las uvas habían madurado con el sol de verano. En las eras sólo quedaban residuos de paja. Los trujales estaban fregados y las tinajas apestaban a sulfuroso. Los empotrados volvían a resonar bajo los pies desnudos de los hombres y las prensas y los lagares estaban baldeados. El precio de la uva estaba por fijar y los vendedores picaban al o mientras los acopiadores ofrecían poco, so pretexto de que la cosecha era grande o bien apelaban a que el vino del año anterior no se había vendido al precio que se esperaba. Otros se referían a las cosechas de Francia e Italia para dar más fuerza a sus argumentos. Nadie convenía a nadie y todos sabían que ninguno llevaba razón. Pero el sol septembrino había madurado la uva y había que cortarla. Por eso estaba en la plaza con las luces apagadas el «yipe» de «Quejigal» con el guarda y el administrador.

Los jornales de las cortadoras y los portadores estaban también sin decidir. Los quejigaleros darían un duro más que quien más pagase en el pueblo y seguro que no les faltaría gente. Entraron en la tienda, que estaba llena de mujeres. Las botas beceras del administrador sonaron con seguridad sobre el piso.

—Buenas tardes, señores.  
—Buenas tenga usted, don Antonio.  
Las mujeres fueron dando su nombre al administrador, que les apuntaba sobre un bloc de papel cuadrículado, luego seguían comprando.

—¿Qué, Luisa, ¿quieres venir con nosotros este año?  
Luisa es una mujer joven, con la vitalidad y robustez de un animal no vendido por el trabajo.

—Bueno, apúnteme. ¿Podría llevar a mi Andrés?  
—¿Qué años tiene tu hijo?  
—Diez años.  
—No va a poder con las espuelas llenas.  
—Si quiere le llamo, verá como está fuerte.

La mujer, sin esperar la respuesta, salió a la plaza y a un pelotón de muchachos que jugaban alrededor de la farola, gritó:

—¡Andrés!  
Del grupo se destacó uno y se acercó a la mujer.  
—¿Qué quiere, madre?  
—¿Te gustaría venir mañana de portador a «Quejigal»?

—Bueno.  
—El dinero que ganes será para que lo gastes en la feria.

—Sí, quiero ir.  
El administrador había oído el diálogo y había apuntado debajo de la palabra PORTEADORES el nombre de Andrés.

—Ya tienes un hombre, Luisa.  
—Eso quisiera yo, que falta hace un hombre en casa de una viuda.

—Hombres te sobran a ti con esas hechuras.  
—Yo digo un hombre que me defienda.

—Yo digo un hombre que te dé calor en el invierno.

La mujer se escabulló entrando otra vez en la tienda. El administrador llamó al guarda, que estaba dentro, y se fueron al bar. Cuando el «yipe» embocó la carretera, de regreso a la finca, había dado el reloj del Ayuntamiento la una. Los faros oscilaban los árboles y la cerveza empujaba firme el acelerador.

Aquella noche todos los muchachos del pueblo durmieron inquietos, anhelando el amanecer. Andrés, desde su cama, preguntó antes de la salida del sol:

—Madre, ¿es ya la hora?  
—Duerme hijo, aún es muy temprano. Yo te avisaré cuando sea la hora.

El muchacho siguió en la cama a la espera. Acochando el día en la claridad de las rendijas. A veces, en la duermela, pensaba que su madre se había ido como en otras ocasiones a trabajar dejándole solo en la casa y se quedaba quieto, hasta que de su inmovilidad volvía a llamarla.

Apareció el sol, después del canto mantenido de los gallos, cuando los hombres enganchaban los mulos a los carros. Entonces Luisa entró en la habitación de Andrés. El muchacho se había dormido y la mujer tuvo que despertarle con dolor.

—Vamos, Andrés, que ya es la hora.

El muchacho sacó un cubo de agua del pozo y metió la cabeza en él, arrojándose sobre el suelo. El agua fría alejó la impaciencia de la noche. La madre preparó la comida del día y juntos salieron a la calle. En la plaza estaban los horielanos con su mercancía extendida sobre las mantas pardas. Las mujeres iban con los cántaros, con las cestas, con las lecheras. Los carros de lanza, de yugo, de varas se cruzaban en las calles con los tractores que pistoneaban potentes. La chiquillería alborotaba con sus voces y los perros se ladraban unos a otros al pasar con sus amos.

El «Utos» de cuarenta y cinco caballos de «Quejigal», con el remolque, esperaba a la solana del molino de aceite la llegada de los temporeros. Las mujeres iban llegando en grupos con sus talegas de merienda llevando, como polluelos alrededor, a sus hijos. Las mujeres fueron subiendo por la parte trasera del remolque, que era la más baja, y se iban sentando encima de las seras que estaban apiladas. Cuando el tractorista supo que estaban todos, puso en marcha el tractor y arrancó removiendo a los del remolque.

El tractor perdió la carretera para meterse por un camino terrero. Los reles quedaban como encinchado el polvo. La hierba sequeña mantenía el rocío de la noche. El ocre de los rastros y el pardo de los barbechos alternaban hasta que aparecieron las alineaciones verdes de las viñas. El tractor cruzó un erizo y paró a la linde de la viña. El tractorista fue tirando desde el remolque las seras y las mujeres, al bajarse, se cogían las faldas para que el aire no se las subiese. Dejaron en el hato las meriendas y el guarda, que había atado su caballo zaino en el chaparral de la otra linde, echaba un puñado de tierra al viento para ver cómo orientaba la lumbre del cocido. Rebuscó en el monte bajo leña seca y volvió con una brazada. La mujer más vieja se quedó con el guarda arreglando el puchero

# DEL DOLOR

Por MARIANO PEREZ GALAN

y las demás, con los muchachos y el tractorista, se fueron al corte.

El trabajo empezó lento. Las mujeres iban echando los racimos cortados sobre las espuelas. Los muchachos miraban caer los racimos. El tractorista miraba las corvas de las mujeres. En sus cuerpos agachados resaltaban los muslos, los pechos y las nalgas. El tractorista ayudó a subir la primera espuela llena sobre la cabeza de Andrés. El muchacho llevaba como protección una chichonera de trapo sujeta por un barboquejo de esparto. La madre le miró, satisfecha, alejarse hacia donde esaban las seras. El tractorista fue con él para ayudarlo a descargar y se quedó allí esperando a los otros porteadores. La mujer vieja y el guarda se habían incorporado a la cuadrilla dejando como huella el humo de la lumbre. Las mujeres iban cogiendo el ritmo al trabajo. De vez en cuando alguna se levantaba echándose una mano a los riñones mientras con la otra se llevaba un racimo de uvas a la boca.

—Agacha, Luisa, que pareces una torre siempre tiena —dijo el guarda.

—Como a ti no te duelen...

—A mí lo que me duele es otra cosa.

—Serán rozaduras de tanto estar sentao.

Recordó una carejada todo el mujerío.

—Sí, pero esperándote.

—Nunca fue buen cazador el de espera, sino el que se echa al monte a buscarlo.

La mujer vieja metió baza.

—Hoy los hombres no tenéis lo que hay que tener.

—Siempre los hombres han tenido lo mismo —dijo el guarda.

—No, ahora es fal an reñeos.

—Hasta sus vestimentas se parecen a las de los seres.

—¡Y qué maneras, Dios!

Se levantó una y dio unos pasos entrelíneos, contoneándose como había visto a muchos en la capital. Las demás reían.

—Pero los tios no lo ocultan siquiera —aseguró otra.

—Desgracias siempre hubo —dijo el guarda con desprecio—, pero ¿quiénes son los que fabrican tanto chava? os los años? Además —continuó envaletonándose—, la que pase hambre que me ay se, yo la llenaré el puchero.

—Mi olla está acostumbrá a mejores gisosa —dijo Luisa.

—O criandote telarañas.

Por el camino, entre una nube de polvo, apareció el «yipo» del administrador. Torció por el erizado en dirección al hato.

—Ahí tienes a tu jefe —le dijo una mujer al guarda— pa que le bañes el agua.

—Vamos, a trabajar. Y menos charla-nería —dijo el guarda—. A ver si tenemos un remolque a mediodía.

Las mujeres miraron al sol que iba alto. El gizonte reseco ya no tenía bastante con el mosto azucarado.

—¿Es que aquí no hay cántaro? —preguntó una mujer.

—¡Dejará de haberlo!, y un buen agua que hay en la fuente de las Cañas —dijo la mujer vieja.

—Luisa, coge el cántaro del hato y llénalo de agua —dijo el guarda.

La mujer llegó al hato, cogió el cántaro y se fue hacia el verdor claro del cañaveral, a unos doscientos metros.

El «yipo» paró cerca del «Utos» y del remolque vacío. Las seras estaban en el suelo. Había quince llenas. El tractorista saludó al administrador.

—Buenos días, don Antonio.

—¿Qué hay? Parece que no cunde mucho esto —dijo señalando las seras llenas.

—Es que las llevo bien apretás.

—No conviene remecerlas mucho porque nos dejamos aquí el mosto. Tampoco que las seras vayan medio vacías. Un término medio.

Los porteadores seguían su ir y venir del hato al corte con las espuelas vacías y del corte al hato con ellas rebosando. Andrés, cuando el tractorista le quitaba la espuela llena de la cabeza, se rascaba en la parte que había manchado el peso. El administrador se adentró en la viña. Se paraba en algunas para ver su fruto. Picaba con sus dedos, como con pinzas, tres o cuatro uvas y seguía andando. Las mujeres, desde el corte, le observaban furtivamente, esperando que llegase como otras veces. Sin embargo, cambió de dirección y se encaminó, ya sin pararse, hacia el cañaveral. A la mujer no se le veía. El agua de la fuente iba monte abajo hasta la presa en que se detenía, para regar después dos o tres hectáreas de alfalfa para el ganado. A la entrada del cañaveral había haces de cañas secas. Al pisar sobre un caño o sonó como un chasquido. La mujer que llenaba el cántaro se volvió, áspera.

—¿Qué viene a buscar?

—No te enfades, Luisa, yo también tengo sed.

La mujer apartó el cántaro a medio llenar y el hombre siguió acercándose al hilo de la reguera. El sonido hueco del cántaro fue sustituido por el claro sonido del agua en la piedra. El hombre llegó a su altura.

—Luisa, eres mucha mujer para estos trabajos.

Hubo una huida hacia las cañas espesas y allí la alcanzó. Saló de su boca una palabra entregada.

—Déjeme.

El hombre la abrazó por la cintura. El viento cimbreaba las cañas.

La mujer salió del cañaveral con el cántaro a la cadera. El hombre se quedó aún agazapado en la masa verde. Al llegar al corte, Luisa fue dando agua a las demás mujeres con un bote por vaso.

—Bien has tardado, Luisa —insinuó una mujer.

—Es que ahora, en el verano, corre menos agua.

—Pues dicen que la presa está que se sale.

—Es agua de muchos días que acaba siempre por salirse.

—Cuando no hay una pared firme que la suje.

Andrés llegó al corte con la espuela vacía, la mujer se acercó a su hijo y se puso en cuclillas a su nivel.

—¿No tienes sed, Andrésillo? —le pasó la mano por la cabeza y le acercó con ternura hacia sí.

—Dame un bote —dijo el muchacho como si fuera un hombre.

Luisa llenó un bote de agua y se le dio al muchacho. Andrés lo tomó con ambas manos y bebió el agua de dos tragos.

—¿Qué tal lo hago, madre?

—Mejor que nadie, hijo.

Luisa siguió dando agua a la cuadrilla y desde el corte vieron partir el «yipo».

—¿Qué mosea le habrá picado que ni siquiera da los buenos días? —habló una por todas.

—Quien manda manda y no hay na que hablar —dijo el guarda.

—Eso tú, que te pagan pa que seas mudo y ciego, pero a mí sólo me pagan pa que corte y por eso puedo hablar.

—Pues habla hasta que revientes. A mí igual se me da.

Luisa cortaba uva con su pareja, en silencio, desentendida de la conversación. La mujer volvió a la carga.

—Yo sé lo que le pasa a tu jefe. El hombre busca hasta que encuentra y después abandona. Me sé de memoria a tios como ése.

—Mucho pretendes saber.

—Las canas y los partos nos enseñan a las mujeres cosas que vosotros no sabréis nunca.

El sol caía vertical. Las mujeres sudaban por todo el cuerpo. El guarda se daba aire con el sombrero de paja. Los muchachos iban lentos por entre las cepas con las espuelas a la cabeza. El tractorista llamó al guarda desde el hato.

—¡Eh!, que tengo que irme con el visio.

El guarda se fue hasta el remolque y, entre los dos, fueron subiendo una por una las seras llenas. Remosteaban las uvas el piso del remolque. Cuando terminaron, el tractor arrancó. El guarda volvió al corte.

—Vamos, dejarlo, que ya es la hora de comer.

Las mujeres se incorporaron. Eligieron de entre las uvas sin cortar los mejores racimos y se fueron hacia la sombra del hato. Volcaron el cocido sobre dos cazuelas y las mujeres de la cuadrilla hicieron corro en torno a una. Los porteadores comían en corro aparte. Las aceitunas, el queso y las sardinas de las talegas se repartían hasta donde llegaban.

—Tener cuidado —dijo el guarda— no se vayan los muchachos a bañar en la presa, que yo no quiero lios.

—Eso corre de mi cuenta —dijo Luisa.

Cruzó el hombre la viña hasta el chaparral. Desató el caballo, lo aparejó y, montándolo, partió hacia el caserío.

El sol había paralizado el campo. Las mujeres terminaron de comer y buscaron las mantas para tumbarse la siesta. Los muchachos seguían comiendo uvas.

—Andrés, tú no te muevas del hato en toda la siesta —dijo Luisa.

—Descuide, madre.

El cansancio pudo más que el sonique de las chicharras. El sol hería hasta

en la sombra. Junto a los restos de comida revolaban moscas gordas. Los muchachos hablaban bajo.

—Yo estuve el año pasado y no me comió nadie.

—Dicen que está hondo —dijo Andrés.

—¿Qué, hombre. No tendrá más de dos metros.

—Eso nos tapa. ¿Sabéis nadar?

—Yo nádo como los perros. Me enseñó un pastor.

—A mí me enseñó un primo mío que vino a vernear de Madrid.

—Yo no voy —dijo Andrés.

—No te atreves. Eres un mariquita.

—Vamos, un garbanzo no estropea un cocido.

—Peor para él.

Las cabezas de los muchachos apenas sobresalían entre el verdor de las cepas. Andrés corrió hasta alcanzarlos. Con ellos se sentía más fuerte. El sol era intenso. En el monte bajo olía distinto. Jara de flores blancas, tomillo, romero, carrascos, retama, aliaga. Un bando de perdices, sobresaltado, abandonó una sobra. Apeonaba entre las matas. En una encina pararon su zureo unas palomas. El resol descubrió el agua. Los muchachos corrieron los últimos metros hacia la presa. Junto a un fresno gordo, que no abrazaban tres hombres, dejaron la ropa. Los cuerpos morenos brillaron al sol. Chapotearon en el agua verdosa de la presa. Andrés, desnudo, dudaba en la orilla. Le echaron al agua y, hostigado, terminó metiéndose.

—Cruza hasta este lado, Andrés —le gritaron desde la otra parte.

—No, no sé nadar.

—Venga, Andrés, no te acoquines.

—Demuéstrale que no tienes miedo.

Andrés, inseguro, se fue metiendo desde la orilla al centro de la presa. De pronto no hizo pie. Chapoteó. Intentó volver. Tragó agua. Gritó. Vio las caras asustadas de los otros. Se hundió. Volvió a ver. Luego los oídos se le llenaron de agua y no oyó. La boca se le llenó de agua y no gritó. Los ojos se le nublaron de agua y no volvió a ver.

Los otros porteadores, agrupados, en silencio y temblorosos, cruzaron el monte bajo hacia el hato.

Junto al fresno gordo, que no abrazaban tres hombres, quedaba la ropa de un muchacho.

(Ilustraciones de ADAN FERRER)

